

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Cómo el Tigre consiguió sus Rayas

Érase una vez, hace siglos y siglos, tantos que el tigre no tenía rayas en la espalda y el conejo aún tenía cola, un tigre que tenía una granja. La finca estaba muy cubierta de maleza y el dueño buscaba un obrero que le limpiara el terreno para plantar.

El tigre convocó a todas las bestias y cuando se hubieron reunido les dijo:

—Necesito de inmediato un buen trabajador que limpie mi granja de maleza. A aquel que haga este trabajo, le ofrezco un buey como pago.

El mono fue el primero en dar un paso al frente y solicitar el puesto. El tigre lo puso a prueba durante un tiempo, pero no era un buen trabajador. No trabajaba con la constancia necesaria para conseguir nada. El tigre lo despidió muy pronto y no le pagó.

Entonces el tigre contrató a la cabra para hacer el trabajo. La cabra trabajaba fielmente, pero no tenía cerebro para hacerlo bien. Despejaba un poco la granja en un lugar y luego se iba y trabajaba en otra parte. Nunca terminaba nada bien. El tigre la despidió muy pronto sin pagarle.

A continuación, el tigre probó con el armadillo. El armadillo era muy fuerte y hacía bien el trabajo. El problema era que tenía mucho apetito. Había muchas

hormigas por el lugar y el armadillo no podía pasar por delante de una dulce, tierna y jugosa hormiga sin parar a comérsela. Se pasaba el día comiendo. El tigre lo dio de baja y lo despidió sin pagarle nada.

Por fin, el conejo solicitó el puesto. El tigre se rio de él y le dijo:

—Conejito, eres demasiado pequeño para hacer el trabajo. El mono, la cabra y el armadillo han fracasado. Por supuesto que una pequeña bestia como tú también fracasará.

Sin embargo, no hubo otros animales que solicitaran el puesto, así que el tigre mandó llamar al conejo y le dijo que lo probaría durante un tiempo.

El conejo trabajó fielmente y bien, y pronto había limpiado una gran parte del terreno. Al día siguiente trabajó igual de bien. El tigre pensó que había tenido mucha suerte al contratar al conejo. Se cansó de quedarse a mirar cómo trabajaba el conejo. El conejo parecía saber cómo hacer el trabajo, de todos modos, sin órdenes, así que el tigre decidió irse de caza. Dejó a su hijo cuidando del conejo.

Cuando el tigre se hubo marchado, el conejo le dijo al hijo del tigre:

—El buey que me va a regalar tu padre tiene una mancha blanca en su oreja izquierda y otra en la derecha, ¿verdad?

—Oh, no —respondió el hijo del tigre—. Es rojo por todas partes y sólo tiene una manchita blanca en la oreja derecha.

El conejo trabajó un rato más y luego dijo:

—El buey que me va a dar tu padre está guardado junto al río, ¿verdad?

—Sí —respondió el hijo del tigre.

El conejo había hecho un plan para ir a buscar al buey sin esperar a terminar su trabajo. Justo cuando se ponía en marcha, vio regresar al tigre. El tigre se dio cuenta de que el conejo no había trabajado tan bien cuando él no estaba. Por eso se quedó vigilando al conejo hasta que toda la granja estuvo limpia. Entonces el tigre le dio al conejo el buey, como le había prometido.

—Debes matar este buey —le dijo al conejo—, en un lugar donde no haya moscas ni mosquitos.

El conejo se fue con el buey. Después de recorrer cierta distancia, pensó que lo mataría. Pero oyó cantar un gallo a lo lejos y supo que debía de haber una granja cerca. Por supuesto, habría moscas. Siguió adelante y de nuevo pensó que mataría al buey. El suelo parecía húmedo y mojado, al igual que las hojas de los arbustos. Como el conejo pensó que allí habría mosquitos, decidió no matar al buey. Siguió adelante y finalmente llegó a un lugar alto donde soplaba una fuerte brisa.

—Aquí no hay mosquitos —se dijo—. El lugar está tan alejado de cualquier morada que tampoco hay moscas. Decidió matar al buey.

Justo cuando se disponía a comerse al buey, llegó el tigre.

—Oh, conejo, has sido tan buen amigo mío —dijo el tigre—, y ahora tengo tanta, tanta hambre que se me ven las costillas, como puedes ver. ¿No quieres ser un buen conejo y darme un trozo de tu buey?

El conejo le dio al tigre un trozo de buey. El tigre lo devoró en un abrir y cerrar de ojos. Luego se echó hacia atrás y dijo:

—¿Eso es todo lo que me vas a dar de comer?

El tigre parecía tan grande y salvaje que el conejo no se atrevió a negarse a darle más buey. El tigre comió y comió hasta que devoró el buey entero. El conejo sólo había podido coger un pequeño bocado. Estaba muy, muy enfadado con el tigre.



Un día, no mucho después, el conejo fue a un lugar no muy lejos de la casa del tigre y empezó a cortar grandes duelas de madera. El tigre no tardó en acercarse y le preguntó qué estaba haciendo.

—Me dispongo a construir una empalizada a mi alrededor —respondió el conejo—. ¿No has oído las órdenes?

El tigre dijo que no había oído ninguna orden.

—Es muy extraño —dijo el conejo—. Se ha dado la orden de que cada bestia se fortifique construyendo una empalizada a su alrededor. Todas las bestias lo están haciendo.

El tigre se alarmó mucho.

—¡Oh, querido! ¡Oh, Dios! ¿Qué debo hacer? —gritó—. No sé cómo construir una empalizada. Jamás podría hacerlo. ¡Oh, conejo bueno! ¡Oh, buen conejo! Tú eres un

buen amigo mío. ¿No podrías, como un gran favor, debido a nuestra larga amistad, construir una empalizada a mi alrededor antes de construir una a tu alrededor?

El conejo replicó que no podía pensar en arriesgar su propia vida construyendo primero la empalizada del tigre. Finalmente, sin embargo, consintió en hacerlo.

El conejo cortó grandes cantidades de palos largos y afilados. Los clavó en el suelo alrededor del tigre.

Atornilló otros hasta que el tigre quedó completamente encerrado entre fuertes barrotes. Luego se marchó y dejó al tigre.

El tigre esperó y esperó a que ocurriera algo que le demostrara la necesidad de la empalizada. No ocurrió nada.

Le entró mucha hambre y sed. Al cabo de un rato, el mono pasó por allí. El tigre le gritó:

—Oh, mono, ¿ya ha pasado el peligro?

El mono no sabía a qué peligro se refería el tigre, pero respondió:

—Sí.

Entonces el tigre dijo:

—Oh, mono, oh, mono bueno y bondadoso, ¿no serías tan amable de ayudarme a salir de mi empalizada?

—Que te ayude a salir el que te ha metido ahí — respondió el mono y siguió su camino.

Llegó la cabra y el tigre gritó:

—Oh, cabra, ¿ha pasado ya el peligro?

La cabra no sabía nada de ningún peligro, pero contestó:

—Sí.

—Oh, cabra, oh, buena y amable cabra, por favor, ten la bondad de ayudarme a salir de mi empalizada.

—Que te ayude a salir el que te ha metido ahí —
respondió la cabra y siguió su camino.

Llegó el armadillo y el tigre gritó:

—Oh, armadillo, ¿ya ha pasado el peligro?

El armadillo no había oído hablar de ningún peligro, pero respondió que ya había pasado.

Entonces el tigre dijo:

—Oh, armadillo, oh, armadillo bueno y amable, siempre has sido tan buen amigo y vecino. Ayúdame a salir de mi empalizada.

—Que te ayude a salir el que te ha metido ahí —
respondió el armadillo y siguió su camino.

El tigre saltó y saltó con todas sus fuerzas hasta la parte superior de la empalizada, pero no pudo atravesarla. Pensó que nunca jamás sería capaz de salir. Descansó un rato y mientras descansaba pensó. Pensó en lo brillante que era el sol afuera. Pensó en la buena caza que había en la selva. Pensó en lo fresca que estaba el agua en el manantial. Una vez más saltó y saltó con todas sus fuerzas hacia la parte superior de la empalizada. Por fin logró atravesarla. Sin embargo, se hizo cortes en ambos lados con los afilados bordes de las estacas. Hasta el día de hoy, el tigre tiene rayas en ambos lados.